

TRIENIO

Ilustración y Liberalismo

MADRID

NOVIEMBRE 2006



NÚMERO
48

REVISTA DE HISTORIA

ENTRE LA ESPERANZA Y LA FRUSTRACIÓN: LARRA Y SU TIEMPO*

Raúl López Romo

Existe la imagen de un Larra sentimental y suicida, caricatura que oculta la verdadera complejidad de su personalidad. Es preciso volver a leerle para que nos llegue libre de tópicos, entero y joven. Empeñados en encomiable afán investigador, ya desde hace años tanto filólogos como historiadores se han aproximado a su figura. Gracias a ellos¹, hoy conocemos mejor los detalles de su breve y apasionante biografía, de su estilo literario y de su compromiso político.

Este artículo no persigue pasar por lo que no es: ni una semblanza minuciosa, ni un examen filológico, ni una crónica del XIX. Lo que aquí presento son estudios en torno a la España del primer ochocientos, siguiendo el hilo de la vida del autor madrileño. Un recorrido a través de una realidad en proceso de profunda transformación. Transformación que afecta no sólo al orden institucional o al escenario político, sino que alcanza la sociedad, las costumbres, el arte, los principios.

La vida de Mariano José de Larra (1809-1837), transcurre en paralelo a buena parte de la revolución liberal española. Larra no representa más que otra voz de ese tiempo. Su lectura es, por tanto, una visión parcial de las primeras décadas de nuestro XIX. Ahora bien, para el quehacer del historiador, el principal valor y originalidad del literato reside en sus artículos periodísticos. Algunos son piezas de arte colmadas de observaciones,

* He enriquecido la versión definitiva de este trabajo con las sugerencias del profesor J. M.ª Ortiz de Orruño y de G. Fernández Soldevilla. A ambos, muchas gracias.

¹ C. Seco y J. R. Lomba han sincronizado su vida con la revolución liberal; J. L. Varela pasa hombre y símbolo por el tamiz del estilo y la ideología; S. Kirkpatrick entrelazó corrientes filosóficas, políticas y literarias con su vida, obra e ideas; L. Lorenzo-Rivero desde el estudio de la técnica literaria; J. Escobar... Es útil, para una visión de conjunto, el artículo de J.-R. Aymes: "Las interpretaciones de la obra de Mariano José de Larra (1837-1987)", en J. R. Rosenberg (ed.): *Resonancias románticas: evocaciones del romanticismo hispánico en el sesquicentenario de la muerte de Mariano José de Larra*, Ed. J. Porrúa Turanzas, Madrid, 1988, pp. 153-180. Más recientemente, se ha convertido en una referencia el trabajo realizado en torno a la Biblioteca de autor de Mariano José de Larra, en la página creada por la Universidad de Alicante: http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/larra/

sugerentes intuiciones y críticas que arrojan luz sobre una determinada forma de entender la existencia, la labor del escritor y las preocupaciones contemporáneas. Y que ejercieron gran influencia sobre sus coetáneos.

Por un lado, el relato seguirá un orden cronológico que intercale evolución histórica con tarea periodística, para realizar una interpretación de los hechos a la luz de la mentalidad de Larra. Por otra parte, llegados a la fecha clave de 1833, nos aproximaremos al carlismo visto en su propia liturgia de valores y de símbolos, y en perspectiva comparada con el ideario liberal. Dos acervos radicalmente opuestos: ilustración frente a tradición. Viejo asunto al que daremos alguna vuelta. Estos son los objetos de interés sobre los que centro el debate, es por ello que ni todas las etapas de la vida de Larra, ni todos los temas abordados, tendrán el mismo peso a lo largo del texto.

1. Los inicios.

Larra nació en Madrid en 1809, con el país invadido y en plena guerra. Su padre, el Dr. Mariano de Larra y Langelot, era un médico afrancesado, lo que condiciona que en 1813, tras la derrota napoleónica, la familia deba marchar al exilio a Francia, no volviendo a pisar suelo español hasta 1818. Ya en España, tras pasar por la universidad sin obtener título alguno, consiguió, gracias a las influencias de su padre, un empleo burocrático que tampoco tardaría mucho tiempo en abandonar.

Desde temprana edad Larra comenzó a frecuentar los círculos literarios de la capital. A partir de 1827 acude a la tertulia del café “El Parnasillo” y escribe sus primeras poesías. Desde este momento hasta su muerte, toda su obra se condensa en apenas nueve años de intensa labor creadora. Publicará artículos de crítica literaria, costumbrista, social y política, una novela histórica, varias obras de teatro y poesías, así como diversas traducciones de textos del francés al castellano.

Tras el Trienio Liberal, la década de 1823 a 1833 es la de la restauración de la plena soberanía del monarca. Son años de absolutismo, de fierro control de las publicaciones y de represión de la disidencia política². Larra conoce bien tanto el exilio como la censura, dos azotes del pensador

² M. Artola: *La burguesía revolucionaria (1808-1869)*, Alfaguara, Madrid, 1973, pp. 7-58.

libre cuyo recuerdo sobrevolará toda su obra: “por poco liberal que uno sea, o está en la emigración, o de vuelta de ella, o disponiéndose para otra; el liberal es el símbolo del movimiento perpetuo, es el mar con su eterno flujo y reflujo”³. En marzo de 1834 recordaría así los frutos de la intolerancia de aquel periodo: “de cuánto se pueda callar podráse formar una idea aproximada con sólo repasar por la memoria cuánto hemos callado nosotros, mis lectores y yo, en diez años (...), desde el año 23 hasta el 33 inclusive, de feliz recuerdo; en los cuales nos sucedía (...) que sólo hablaba el maestro, y eso para enseñar a callar a los demás...”⁴.

Es, por tanto, en ese ambiente convulso cuando, con apenas 19 años, Larra aborda su primera labor periodística. Será como único redactor de *El Duende Satírico del Día*; título significativo para un periódico de corta vida (cinco números), y periodicidad irregular. Desde esas primeras páginas manifestará una vocación sarcástica que ya nunca abandonaría, y demostrará una precoz madurez intelectual mediante la vehemente crítica de los polemistas hipócritas –“El café”–, o de costumbres que considera impropias de pueblos civilizados –“Corridas de toros”–. En situaciones de rebeldía solapada, la ironía, con un aire culto, refinado y corrosivo, es fruto de la actitud escéptica que comienza a enfrentar a Larra con poderosos enemigos. Su experiencia novel durará poco, terminando bruscamente en diciembre del 28.

Al año siguiente, Larra casó con Josefa Wetoret, naciendo en 1830 el primero de sus hijos, Luis Mariano. Pero la armonía del nuevo matrimonio no duraría mucho. Hacia 1832 el escritor comienza una relación sentimental extraconyugal con Dolores Armijo; relación que, con dolorosos avatares, se prolongaría hasta los últimos días de su vida, siendo una de las causas de su trágico final.

En agosto de 1832 Larra emprende, con *El Pobrecito Hablador. Revista Satírica de Costumbres*, una nueva iniciativa periodística que se convertirá en referencia crítica durante el ocaso del régimen fernandino. Más

³ “La diligencia” (16 abril 1835), en C. Seco (ed. lit.): *Obras de D. Mariano José de Larra (Figaro)*, Atlas, Madrid, 1960, vol. II, p. 75. Todas las citas de los artículos de Larra a través de esta cuidadosa edición para la Biblioteca de Autores Españoles. Entre paréntesis figurará la fecha de la publicación original. Por otro lado, el tema de los exilios españoles del XIX, entre los cuales tiene peso específico el producido durante la Década Ominosa, ha sido estudiado por J. F. Fuentes: “Imagen del exilio y del exiliado en la España del siglo XIX”, en Ayer, n.º 47 (2002), pp. 35-56.

⁴ “El siglo en blanco” (9 marzo 1834), en *Obras...,* vol. I, p. 352.

de tres años han transcurrido desde que cerrara *El Duende*, tiempo que ha dedicado a realizar traducciones y adaptaciones de obras francesas (es el introductor del teatro romántico de Scribe), y a escribir, sin éxito, diversas poesías. Con *El Pobrecito Hablador* Larra labra un espacio propio mediante un estilo finísimo, caracterizado por una penetrante observación que desde lo meramente descriptivo salta a lo interpretativo. Su análisis de la realidad se va dispersando por múltiples escritos realizados al calor del torrente de acontecimientos, pero consiguiendo convertir lo aparentemente efímero (el artículo periodístico), en obra perdurable. Su pluma arremete contra los tonos más tenebriistas de aquel tiempo: la vulgaridad, la ignorancia, la superstición, la injusticia. Cuidándose, eso sí, de no señalizar individualmente: "protestamos contra toda alusión, toda aplicación personal (...). Sólo hacemos pintura de costumbres, no retratos"⁵. Los asuntos políticos, fruto de su adaptación a la estrecha estructura de oportunidades que el contexto ofrece para la protesta, se abordan con mucho tiento. Las circunstancias no permiten mayor explicitud. Sobre la velocidad de unas reformas que ya cree necesarias, escribe instalado en un término medio: "es preciso empezar por las causas; de intentar, en fin, subir la escalera a tramos: subámosla tranquilos, escalón por escalón, si queremos llegar arriba"⁶.

En *El Pobrecito Hablador* encontramos alguno de sus arquetipos contemporáneos más recordados. El funcionario holgazán, la frívola aristocracia o el paisano ignorante y grosero son vapuleados en artículos tan conocidos como "¿Quién es el público y dónde se le encuentra?", "El castellano viejo", "El casarse pronto y mal" o "Vuelva usted mañana". Piezas que sorprenden por la vigencia de los temas que tratan⁷, donde se une la lección moral con la broma audaz mediante un tono deliberadamente apasionado y polémico.

⁵ "Conclusión" (22 marzo 1833), en *Obras...*, vol. I, p. 147.

⁶ "Costumbres. El casarse pronto y mal (artículo del Bachiller)" (30 noviembre 1832), en *Obras...*, vol. I, p. 112.

⁷ Precisamente, la reivindicación de la actualidad del pensamiento larriano es una constante que atraviesa gran parte de la literatura que ha tratado sobre el escritor madrileño: G. Fabra: "El pensamiento vivo de Larra", en *Revista de Occidente*, XVII (1967), pp. 130-152; J. Escobar: *Los orígenes de la obra de Larra*, Prensa Española, Madrid, 1973, p. 11; S. Kirkpatrick: *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*, Gredos, Madrid, 1977, pp. 7 y ss. El estudio de esa actualidad, en determinados períodos de recorte de las libertades, fue utilizado, mediante comparación implícita, como discreta herramienta crítica.

A través de la metáfora, el autor traslada el sentido recto de las palabras a otro figurado. La reconstrucción de los dobles significados es puro placer estético para el lector y Larra es consciente de esa poderosa capacidad de sugerencia. Pero además, cuando los canales para expresar la protesta se cierran por los dictámenes reprobatorios de la censura, la analogía irónica alcanza un tono trascendental, convirtiéndose en sutil instrumento de oposición política. Gracias a ella, el estilo literario se embellece, a la par que se crea un estrecho y subterráneo vínculo de solidaridad entre el escritor y el lector que recoge y comprende el mensaje. A la luz de esas dificultades es como hay que leer afirmaciones plenas de tono burlesco (donde se dice lo contrario de lo que se piensa), de un autor que escribe "para contentar a todo el que se me pusiera por delante, que esto es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren"⁸. "Lo que debes hacer es callar; supuesto que el mundo ha de ir siempre como va, haz lo que todos (...); imítame a mí, y escribe sólo de aquí en adelante cartas simples y serias de familia, como ésta, donde cuentes hechos, sin reflexiones, comentarios ni moralejas, y en las cuales nadie pueda encontrar una palabra maliciosa"⁹.

Requiebros del lenguaje, idas y venidas, concesiones a la galería para esquivar las prohibiciones... A pesar de todas las precauciones, en marzo de 1833 *El Pobrecito Hablador* concluye su singladura. También el censor ha comprendido el trasfondo de sus ideas. Larra aún realiza una última reflexión antes de cerrar el periódico: "el deseo de contribuir al bien de nuestra patria nos ha movido a decir verdades amargas (...); ¿No se nos permitirá tampoco decir a la faz de nuestros lectores: *Ésta fue nuestra intención?* ¿Qué riesgo podrá haber para nadie en decir en altas voces que deseamos lo bueno, y que por eso criticamos lo malo?"¹⁰.

Pero Larra seguirá trabajando. 1833 es el año de su consolidación como articulista en *La Revista Española* y en *El Correo de las Damas*, bajo un nuevo seudónimo que hará fortuna: "Fígaro". Un año más tarde lo encontraremos también en *El Observador*. El artículo de su presentación

⁸ "El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval (artículo del Bachiller)" (4 marzo 1833), en *Obras...*, vol. I, p. 140.

⁹ "Carta última de Andrés Niporesas al bachiller don Juan Pérez de Munguía" (22 marzo 1833), en *Obras...*, vol. I, p. 151.

¹⁰ "Conclusión" op. cit., en *Obras...*, vol. I, p. 149. Subrayado en el original. Y aún añade: "si números enteros han sido dedicados a objetos de poca importancia, no ha sido porque fuese tal nuestra intención, sino por la naturaleza de las cosas que nos rodean".

como “Fígaro” es todo un manifiesto de sus intenciones: “Me llaman por todas partes mordaz y satírico; todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que, o no dicen lo que piensan, o piensan demasiado lo que dicen (...). [Porque], en política sobre todo, y en puntos que atañen al gobierno, ¿qué pudiera hacer un periodista sino alabar? (...). Vaya, pues, haciendo nuestro ilustrado gobierno de las suyas, que conforme ellas vayan saliendo, nosotros se las iremos alabando”¹¹.

El 29 de septiembre de 1833 muere Fernando VII, cerrándose con él una etapa y reiniciándose un importante proceso de transición en la historia de nuestro país. Tanto para Larra como para muchos de sus contemporáneos es tiempo de oportunidades abiertas. Hay esperanza depositada en la llegada de la revolución liberal, que acabaría con las sombras de la tiranía y traería el progreso hacia la libertad. Pero las tensiones entre liberales y carlistas estallan, y la guerra civil ensombrece tan altas expectativas.

2. Carlistas y liberales, frente a frente.

«Cada siglo y cada edad se han distinguido con su especie particular de ideas, opiniones y costumbres, y a la nuestra, denominada de las luces, más atrevida y más depravada, la caracteriza una ansiedad insoportable de ridiculizar, destruir y renovar todo cuanto precedió hasta aquí (...); son pocos los que aspiran a figurar de literatos, que puedan resistir a tan general manía, por dejarse alucinar de impresiones superficiales sin haber estudiado profundamente la complicada ciencia de conservar los estados»¹².

«...que en esta lucha el que proclama la verdad haya de sufrir el dictado de sedicioso y desorganizador es natural»¹³.

¹¹ “Mi nombre y mis propósitos” (15 enero 1833), en *Obras...*, vol. I, pp. 173-176.

¹² Cit. en J. Fernández Sebastián: *La génesis del fuerismo. Prensa e ideas políticas en la crisis del Antiguo Régimen (País Vasco, 1750-1840)*, Siglo XXI, Madrid, 1991; del original de P. Novia Salcedo: *Defensa histórica, legislativa y económica del Señorío de Vizcaya y provincias de Álava y Guipúzcoa*, Delmas e Hijo, Bilbao, 1851, pp. IV-V. Primera edición de 1829.

¹³ “Prólogo a la edición castellana de “El dogma de los hombres libres””, en *Obras...*, vol. IV, p. 290.

En octubre de 1833, la protesta de los sectores que tienen algo que perder con las transformaciones inspiradas en la ideología liberal confluye en torno a la figura del pretendiente Carlos M.^a Isidro. El carlismo es hacia el exterior, hacia el adversario común, un movimiento en negativo que surge como reacción ante un liberalismo visto como elemento disolvente de la paz y la estabilidad de los pueblos¹⁴. Además, hacia el interior del colectivo, el carlismo es un movimiento de afirmación de principios conservadores, condensados bajo el célebre lema: “Dios-Patria-Rey”. Esta tríada encierra un conjunto de símbolos plenos de contenido semántico y estrechamente relacionados entre sí, caracterizando un complejo modelo de vida¹⁵.

En el imaginario tradicionalista, los asuntos humanos, tanto en sus designios privados como en sus estructuras públicas, responden al esquema elaborado por Dios. La Iglesia conserva un importante ascendiente como Su intérprete, como guía espiritual en la Tierra. La Patria es el hogar de los antepasados, a los que, por encima del paso del tiempo, une la tierra y las costumbres ancestrales convertidas en ley. El Rey, por un lado, es símbolo paternal, gracias a la persistencia de un concepto tutorial de las relaciones con los súbditos. Además, por otra parte, el monarca es el representante legítimo de Dios en la tierra. Bajo tal prisma, el pretendiente D. Carlos se formaría en un ambiente profundamente religioso, adquiriendo un sentido de justificación divina de la historia de España, de la existencia de la monarquía, y de su propio papel histórico¹⁶. De todos estos puntos deriva la idea de la unión del Altar y del Trono, de los asuntos espirituales con los terrenales, de la religión con la política. Es el extremo contrario a la pretensión del liberalismo de separar progresivamente dichas esferas para lograr la secularización de la vida pública.

En 1836 Larra traduce un texto de Charles Didier. En uno de los pasajes más reveladores, el escritor afirma: “La humanidad civilizada al

¹⁴ Idea desarrollada por J. Aróstegui: “El carlismo en la dinámica de los movimientos liberales españoles. Formulación de un modelo”, en *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada de las Ciencias Históricas*, Universidad de Santiago, Santiago de Compostela, 1975, vol. IV, pp. 225-239.

¹⁵ A medio camino entre la historia social y la antropología cultural, la tesis es de J. Torras: “¿Contrarevolución campesina?”, en P. Sánchez León; y J. Izquierdo: *Clásicos de la historia social de España*, UNED-Alcira y Fundación Instituto Historia Social, Valencia, 2000, pp. 281-301. (Reedición).

¹⁶ Véase A. M. Moral Roncal: *Carlos V de Borbón (1788-1855)*, Actas, Madrid, 1999, pp. 34-53.

rechazar el dogma sacrílego de la legitimidad, entendida como el acto de reinar sólo por derecho divino, lo ha proscrito en nombre del progreso, enemigo de la teocracia, de que aquella emana, en nombre de la inteligencia, que la teocracia esclaviza”¹⁷. Humanidad civilizada, progreso, inteligencia... Ideas que se inscriben en la tradición del pensamiento que haciendo radicar en la nación el principio de la soberanía, destierra el providencialismo como justificación de gobierno. Al proclamar al hombre y su voluntad como fuentes de derecho, entra en colisión con aquellos que sostienen el derecho consuetudinario, basado en los usos inmemoriales, legitimado en la historia. Se defiende una constitución que emane de la representación ciudadana y que exalte al individuo, no una ley que encadene a los hombres a las tradiciones de sus antepasados.

Del mismo modo, es característica del mundo rural la persistencia del mito de lo comunitario, corporativo e interestamental; nociones que indican la trascendencia de los lazos de vecindad, parentesco y ayuda mutua¹⁸. El carlismo encaja en ese utilaje cultural tanto como el individualismo liberal se aleja. José Arias Teijeiro, responsable de la Secretaría de Estado del pretendiente, explica el éxito del levantamiento en Álava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya en los siguientes términos:

«Corrompidas las clases de más influencia y prestigio, pervertidas por lo común las villas más notables y aislada la lealtad a los caseríos, a la población rural que forma el verdadero pueblo vascongado, y en donde a favor de la sencillez y pureza de costumbres de los campos sin educación extranjera, libre de la falsa civilización y las funestas comunicaciones que corroen y gangrenan las grandes poblaciones, se conservan los hábitos patriarciales, las tradiciones, esa fuerza de creencias, de principios y sentimientos que tan prodigiosos resultados están dando por nuestra dicha... »¹⁹.

He aquí lo que provoca la ruptura con las tradiciones: la nueva filosofía, lo extranjero, lo urbano. Estamos ubicados en la antítesis del

¹⁷ “De 1830 a 1836 o la España de Fernando VII hasta Mendizábal”, en *Obras...*, vol. II, p. 327.

¹⁸ Un ejemplo en M. Arbaiza: *Familia, trabajo y reproducción social. Una perspectiva microhistórica de la sociedad vizcaína a finales del Antiguo Régimen*, UPV, Bilbao, 1996.

¹⁹ Cit. en J. R. Urquijo: “Represión y disidencia durante la primera guerra carlista. La policía carlista”, en *Hispania*, n.º 159 (1985), pp. 136-137.

pensamiento racionalista ilustrado. Aquello que Arias Teijeiro valora y enaltece como “sencillez y pureza de costumbres”, para Larra no son más que ataduras a hábitos seculares, puesto que “la vida entera de los individuos (...) era una pauta, de la cual no era lícito siquiera pensar en separarse”²⁰. Por ello, aunque el camino sea complicado, “no son las costumbres el último, ni el menos importante objeto de las reformas”²¹. En fin, “las tres cuartas partes de los hombres viven de tal o cual manera porque de tal o cual manera nacieron o crecieron (...); he aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre por las leyes a un pueblo esclavo por las costumbres”²².

Como hemos visto, la religión es una de las principales banderas movilizadoras del carlismo, que presenta el levantamiento como una santa cruzada contra “la impiedad y la anarquía” de las nuevas ideas. Para acabar de perfilar de forma gráfica la dicotomía entre dos concepciones antagónicas, volvamos a Larra, quien pese a sus abiertas manifestaciones de anticlericalismo²³, sostiene en este punto que no es la religión la que debe desaparecer, sino una forma tridentina e inquisidora de entenderla, para convertirla en una concepción tolerante y “consoladora, verdadera, bien entendida”²⁴. Porque “la quinta calamidad le vino al hombre de la preocupación religiosa, de la superstición, del fanatismo”²⁵.

En 1836 Larra traduce “El dogma de los hombres libres”, escrito del abate francés Lamennais donde se defiende un catolicismo liberal condenado tanto por Metternich como por el Papa Gregorio XVI. En el prólogo a dicha obra, Larra traza una profesión de fe particular, útil para comprender su propia representación como ciudadano pocos meses antes de su muerte: “Religión pura, fuente de toda moral, y religión, como únicamente puede existir: acompañada de la tolerancia y de la libertad de conciencia: libertad civil; igualdad completa ante la ley (...) y la libertad absoluta del pensamiento escrito (...). Después de esta declaración de principios, por los cuales abogó constantemente en sus pobres escritos, el traductor cree que puede dormir

²⁰ “Representación de “El sí de las niñas”; comedia de don Leandro Fernández de Moratín” (9 febrero 1834), en *Obras...*, vol. I, pp. 345 y 346. De ahí la importancia de ésta nueva creación, que es mucho más que sencillo entretenimiento, que se propone cambiar una realidad estancada.

²¹ “¿Entre qué gentes estamos?” (1 noviembre 1834), en *Obras...*, vol. II, p. 25.

²² “Un reo de muerte” (30 marzo 1835), en *Obras...*, vol. II, p. 65. El subrayado es mío.

²³ Véase un ejemplo en “Nadie pase sin hablar al portero o los viajeros en Vitoria”.

²⁴ “Costumbres. El casarse pronto y mal...”, op. cit., en *Obras...*, vol. I, p. 112.

²⁵ “La calamidad europea” (octubre 1834, publicado en la Colección de 1835), en *Obras...*, vol. II, p. 44. Subrayado en el original.

tranquilo sin temor de la calumnia". En resumen, Larra considera que hay dos pilares que son la base fundamental de todo estado social: la "religión [entendida como] dogma de los deberes del hombre para con el poder superior preexistente a él, y como fuente de la moral; y la justicia, como dogma de los deberes del los hombres entre sí, y como fuente del orden"²⁶.

Durante las primeras décadas del siglo XIX, los sectores conservadores percibirán la vulneración de la costumbre en 1812 y, sobre todo, entre 1820-1823. La guerra realista (1821-23), y la guerra de los agraviados (1827), son significativos indicadores de la tensión existente, antecedentes inmediatos de la I Guerra Carlista²⁷. Cuando en 1833 muera Fernando VII y tanto D^a Isabel como D. Carlos aspiren al trono, el conflicto dinástico se convertirá en la ocasión para que las posturas extremas estallen definitivamente. Durante siete años carlistas y liberales medirán sus fuerzas en el campo de batalla, poniéndose así en juego mucho más que la identidad del próximo monarca; dirimiéndose las futuras reglas en orden a aquellos elementos sociales, éticos, morales... que configuran una comprensión global y cabal del mundo.

3. Guerra y revolución.

«Sonó el primer arcabuz de la facción y todos volvimos la cara a mirar de dónde partía el tiro (...). Lanzado en mi nuevo terreno esgrímí la pluma contra las balas, y revolviéndome a una parte y otra, di la cara a dos enemigos: al farricoso de fuera, y al justo medio, a la parsimonia de dentro»²⁸.

²⁶ "Prólogo...", *op. cit.*, en *Obras...*, vol. IV, pp. 289-293. Han trabajado sobre la religiosidad de Larra J. L. Varela: "Lamennais en la evolución ideológica de Larra", en *Hispanic Review*, 48 (1980), pp. 287-306; R. Navas Ruiz: "La religión de Larra", en J. R. Rosenberg (ed.): *Resonancias románticas...* *op. cit.*, pp. 53-60; y E. La Parra López: "El eco de Lamennais en el progresismo español: Larra y Joaquín María López", en *Libéralisme chrétien et catholicisme libéral en Espagne, France et Italie dans la première moitié du XIX^e siècle*, Aix-en-Provence, 1989, pp. 323-342.

²⁷ J. Torras: *Liberalismo y rebeldía campesina, 1820-1823*, Ariel Barcelona, 1976; y del mismo autor: *La guerra de los Agraviados*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1967.

²⁸ "Un reo de muerte" *op. cit.*, en *Obras...*, vol. II, p. 64.

Al compás de los primeros escarceos de la guerra hay un conjunto de artículos que Larra dedica al adversario²⁹. Aprovechando cierta apertura política –con M.^a Cristina como reina regente y Cea Bermúdez como primer ministro– su habitual estilo satírico se convierte, sin contemplaciones, en acidez, en causticidad. Los "seres irracionales" no encajan en su acervo ilustrado: "[el farricoso] distinguese esencialmente de los demás seres en estar dotado de sinrazón"³⁰. Con el extremo opuesto, cuyas posturas son inasumibles, no valen medias tintas. Con éstos sirve arrancar de raíz el mal para dar pasos desembarazados hacia la libertad, porque "para que empiece el día es indispensable que se acabe la noche (...). En política no hay fusión, no hay retroceso, no hay medio posible. Uno u otro. Todo o nada. Los principios nuevos no pueden prosperar sino a costa de los viejos"³¹. Vemos aquí el cambio operado en sus ideas, lejos ya de aquella pretensión de subir la escalera a tramos. Veremos también cómo, bajo las nuevas circunstancias, aunque encuentra libertad para criticar al carlismo, no sucede lo mismo cuando sitúa en el blanco a los sucesivos gobiernos liberales³².

Larra suele abordar los asuntos políticos mediante alegorías de brillante inspiración literaria, hasta tal punto que su mirada al mundo es una mirada más literaria que estrictamente política. Recurre a gráficas comparaciones confrontando símbolos antagónicos, oponiendo: la ley a la tradición; la educación a la ignorancia; las luces del progreso a las sombras de la tiranía; la libertad a las cadenas del despotismo; la voluntad de cambio frente al derrotismo de esa "masa, esa inmensa mayoría que se sentó hace tres siglos"³³. A partir de octubre de 1833, además de pintar tipos señalará directamente a ciertas personas. El pretendiente D. Carlos y el obispo de León, Joaquín Abarca (figura importante del levantamiento), se convierten en

²⁹ Estos son "La Junta de Castel-Branco", "¿Qué hace en Portugal Su Majestad?", "El último adiós. Y nosotros, ¿nos morimos o qué hacemos?", "La planta nueva, o el farricoso", "Nadie pase sin hablar al portero o los viajeros en Vitoria", y "El hombre menguado o el carlista en la proclamación".

³⁰ "La planta nueva, o el farricoso. Artículo de Historia Natural" (10 noviembre 1833), en *Obras...*, vol. I, p. 305. En este sentido, es atractiva la tesis sostenida por J. Sánchez Reboredo: "Larra y los seres irracionales", en *Revista de Occidente*, XVII (1967), pp. 172-180.

³¹ "Conventos españoles. Tesoros artísticos encerrados en ellos" (3 agosto 1835), en *Obras...*, vol. II, p. 117.

³² Sobre los persistentes problemas con la censura son expresivos dos artículos: "El siglo en blanco" y "La alabanza, o que me prohíban éste".

³³ "Costumbres. El casarse pronto y mal...", *op. cit.*, en *Obras...*, vol. I, p. 113. Larra, en alarde historicista, se refiere a la derrota de los comuneros en Villalar.

las dianas preferidas del literato madrileño. El carlismo es duramente caricaturizado como alternativa retrógrada: "las gentes de ese partido nunca están muy al corriente"³⁴; que fomenta la ignorancia de la población: "el faccioso es fruto que se cría sin cultivo"³⁵; y dominada por el clero: "gústanle sobre todo las tapias de los conventos"³⁶.

A medida que pasan los meses, la esperanza de cambio se va convirtiendo en decepción. Mientras en Madrid la revolución no marcha, en el Norte los carlistas se refuerzan y la guerra se prolonga. La euforia tras la campaña victoriosa del general Pedro Sarsfield, que arrebató Vitoria y Bilbao de manos carlistas, ha dado paso a la inquietud. Las partidas dispersas se han reorganizado bajo la batuta de Tomás Zumalacárregui, quien inicia una táctica de guerra de guerrillas, marchas y contramarchas que pone en jaque al ejército liberal. El 15 de enero de 1834 Martínez de la Rosa sustituye al absolutista moderado Cea Bermúdez en la presidencia del gobierno. Según Charles Didier: "Cea padeció un grave error: se empeñó en no ver más que una cuestión de sucesión donde no había más que una cuestión de principios (...). Cea vino abajo con el *despotismo ilustrado* que quería entronizar y que para ningún partido era bastante. Para los absolutistas sobrara el *ilustrado*, para los liberales sobraba el *despotismo*..."³⁷.

Martínez de la Rosa seguirá instalado en un centro indefinido. Larra hará una lectura crítica de sus dos principales iniciativas políticas, el Estatuto Real y la Cuádruple Alianza, interpretándolas como instrumentos insuficientes para solucionar los problemas del país. La Cuádruple, firmada el 22 de abril de 1834, nace con el objetivo de recibir ayuda militar y logística de Inglaterra, Francia y Portugal ante una guerra que parece no tener freno. Pronto demostrará su esterilidad en la práctica: "he visto celebrarse un gran tratado diplomático: no he visto sus resultados"³⁸; y "el año pasado tenía la facción unos dos mil hombres, y en el día cuenta veinte mil (...); la facción

³⁴ "El hombre menguado o el carlista en la proclamación" (27 octubre 1833), en *Obras...*, vol. I, p. 301.

³⁵ "La planta nueva", *op. cit.*, en *Obras...*, vol. I, p. 304.

³⁶ *Ídem*, p. 304. Charles Didier también hablará de D. Carlos con indisimulado desprecio. El juicio más expresivo que le dedica es un elocuente "especie de fraile de sangre real", en "De 1830 a 1836", *op. cit.*, en *Obras...*, vol. II, p. 326.

³⁷ "De 1830 a 1836", *op. cit.*, p. 332. Subrayado en el original.

³⁸ "Revista del año 1834" (Enero de 1835. No publicado en su tiempo), en *Obras...*, vol. II, pp. 50-51.

parece deuda del Estado según crece"³⁹. El Estatuto, aprobado el 15 del mismo mes, es un arreglo entre las viejas leyes de la monarquía y las nuevas propuestas constitucionalistas, compromiso intermedio que no satisface ni a carlistas ni a liberales.

El 18 de febrero de 1834 Larra había publicado en *La Revista Española* un artículo tan mordaz como elocuente: "Los tres no son más que dos... y el que no es nada vale por tres". Reuniendo en un salón a los tres grupos políticos del momento, construye una escena entre burlesca y teatral, y nos aporta una brillante perspectiva contemporánea. A un lado, los carlistas "andaban hacia atrás, más como quien huye que como quien anda (...). Seguía a esta comparsa una porción de pobres, rotos y malparados, con una venda en los ojos como pintan a la fe, creyendo a pies juntillas cuanto aquellos les decían (...). Raros trajes se veían entre ellos, pero ninguno pasaba del siglo XVIII". Enfrente, los liberales, "gente nueva y la más barbilampiña (...). El disfraz era lo mejor que traían; si bien a muchos se les traslucían juboncillos de *ambición*; con tal cual cenefilla de *empleo*. Éstos no repartían dinero, sino periódicos (...). Iban encendiendo las luces, que la primera comparsa apagaba siempre que podía; pero el salón estaba iluminado, de donde era fuerza inferir que se encendían más deprisa que se apagaban. Seguía a éstos una turba desigual hambrienta de felicidad; verdad es que nunca la había catado (...). Éstos creían en la felicidad de este mundo, los otros en la del otro". En tercer lugar, "era el resto de la concurrencia la mayoría (...), gente pasiva y estacionaria, de esa que tiene y no quiere perder, que no tiene por qué moverse, miedosa, que teme perniquebrarse a cada paso, escarmientada ya y paralítica, envilecida con el sufrimiento y bien avenida a todo, o despreocupada, que se ríe de los hombres y sus partidos"⁴⁰. Es decir, Martínez de la Rosa y sus acólitos, situados en un "justo medio".

Para terminar de complicar el panorama, desde julio del 34 D. Carlos se halla en España al frente del levantamiento, infundiéndo ánimos entre la población vascongada para el triunfo de la santa causa. Incentivo moral: el rey entre los suyos. Todos los intentos del general José Ramón Rodil por apresarle fracasan. Al fortalecimiento militar del carlismo y a la parálisis del gobierno se suma una epidemia de cólera morbo, que "se ha

³⁹ "Segunda carta de un liberal de acá a un liberal de allá" (7 octubre 1834), en *Obras...*, vol. II, pp. 17-18.

⁴⁰ "Los tres no son más que dos, y el que no es nada vale por tres. Mascarada política" (18 febrero 1834), en *Obras...*, vol. I, pp. 347-348. Subrayado en el original.

llevado lo que ha perdonado la guerra civil”⁴¹. Ese mismo verano, el ambiente anticlerical reinante en la capital se traduce en incendio de conventos y asesinato de frailes por parte de los más exaltados. Al concluir el año, tanto el balance como las perspectivas son desoladoras: “El año 34 será célebre por sus calamidades (...). Me preparé a ver en el próximo y naciente 1835 una segunda edición de los errores de 1834. Ojalá que la experiencia desmienta mi funesto pronóstico”⁴². Poco después sobrevendría el escándalo público provocado por su adulterio y la separación de su mujer.

Entre abril y diciembre de 1835 Larra emprende un viaje a Lisboa, Londres, Bruselas y París. Su matrimonio se ha roto definitivamente y, aunque pretende refugiarse en Dolores Armijo, tampoco obtiene los frutos esperados. El motivo oficial de la partida es resolver ciertos negocios familiares, aunque ha sido interpretada como una huída del opresor ambiente madrileño, de sus decepciones políticas y sentimentales⁴³. El viaje enriquecerá sensiblemente su perspectiva sobre los grandes asuntos europeos y le permitirá entrar en contacto, en la capital francesa, con figuras de la talla de Víctor Hugo o Eugène Scribe.

Mientras tanto, en España, entre mayo y junio del mismo año los carlistas toman las plazas fuertes liberales de Treviño, Ordizia, Tolosa, Vergara, Eibar, Durango y Ochandiano, lo que supone un control efectivo de todo el medio rural vascongado. Es el golpe definitivo para Martínez de la Rosa. En junio el conde de Toreno le sustituye al frente del gobierno. Pero la inestabilidad es ya endémica. La ruptura del sitio de Bilbao y la muerte de Zumalacárregui apenas son respiros pasajeros. En julio se suceden motines anticlericales, constitucionalistas y anticarlistas en Reus, Barcelona, Zaragoza, Cádiz, Málaga, Granada... Toreno, atrapado en una tijera de presiones entre los dos extremos, caerá en septiembre.

4. El último año.

Una vez más, la esperanza parece renacer para los liberales con la llegada al poder de Mendizábal, en septiembre de 1835. Las promesas son tan

⁴¹ “Revista del año 1834”, *op. cit.*, en *Obras...*, vol. II, pp. 50-51.

⁴² *Ídem*, p. 51.

⁴³ C. Seco: “La crisis española del siglo XIX en la obra de Larra”, en *Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX*, Madrid, Guadiana, 1973, pp. 104-108.

persuasivas como ambiciosas: resolver el endeudamiento de la Hacienda, organizar una quinta masiva, abatir a los carlistas y acometer la obra revolucionaria de la desamortización, donde se mezclan motivos tanto ideológicos como pragmáticos. Entre los primeros, fomentar la propiedad individual, y con ella, estimular la vocación emprendedora y la rentabilidad frente a la improductividad de los bienes en manos muertas. Entre los segundos, decapitar la deuda pública gracias al capital financiero obtenido con la venta.

Larra recupera fuerzas y, animado por las atractivas expectativas, decide regresar, “visto que ha llegado el momento de que mi partido triunfe plenamente”⁴⁴. Recién llegado a Madrid, firma un contrato como redactor de *El Español*. Ya desde su primer artículo anuncia el mismo interés crítico que le ha caracterizado en el pasado, y su intención de observar atentamente las evoluciones de la vida pública: “no se le puede negar a este ministerio que promete. ¡Así cumpla! Ya veremos”⁴⁵. El tiempo confirmará sus dudas. El conflicto resurge cuando comprueba cómo, al tratar de dárseles una concreción histórica, los sagrados principios son pervertidos por oportunistas, o simplemente, por deficientes gestores de los asuntos públicos. Como liberal, las deficiencias le dolieron y le indujeron a pensar que, de ese modo, sería imposible ganar la adhesión de la población para su causa.

Los acontecimientos suceden rápidamente. En mayo de 1835 Espronceda había clamado, en un opúsculo muy crítico, contra la forma de llevar a cabo la desamortización; es decir, contra el desaprovechamiento de una ocasión histórica: “¿cómo se atreve el gobierno a disponer de los bienes del Estado a favor de los acreedores sin pensar aliviar con ellos la condición de los pobres?”⁴⁶. Pocos días después, al hilo de esta idea, Larra añadirá:

⁴⁴ “Carta de Larra a sus padres” (24 septiembre 1835), en *Obras...*, vol. IV, p. 278.

⁴⁵ “Fígaro de vuelta. Carta a un su amigo residente en París” (5 enero 1836), en *Obras...*, vol. II, p. 128.

⁴⁶ “El Ministerio Mendizábal”, en J. Campos (ed.): *Obras completas de D. José de Espronceda*, Atlas, Madrid, 1954, pp. 573-579. Se ha puesto de relieve la influencia que ejerció el punto de vista del economista Álvaro Flórez Estrada tanto sobre Espronceda como sobre Larra en la cuestión de la desamortización. Acerca de la figura de Espronceda da claves la vasta obra de R. Marrast: *José de Espronceda y su tiempo: literatura, sociedad y política en tiempos del romanticismo*, Crítica, Barcelona, 1989. En ella, Espronceda y Larra son puestos frente a frente en sus semejanzas y en sus diferencias, como en su día también lo intentaría C. Alonso: “Larra y Espronceda: dos liberales impacientes”, en *Literatura y poder. España 1834-1868*, Alberto Corazón, Madrid, 1971, pp. 13-55.

«...la guerra misma de Navarra es, más que hija del fanatismo, un efecto de lo poco o nada que se ha tratado de interesar al pueblo en la causa de la libertad (...). Pero, ¿cómo se quiere lograr este fin no viendo más termómetro del público bienestar que el alza o baja de los fondos en la Bolsa (...), cómo se le quiere interesar trasladando los bienes nacionales, inmenso recurso para el Estado, de las manos muertas que les poseían, a manos de unos cuantos comerciantes, resultado inevitable de la manera de venderlos adoptada por el Ministerio?»⁴⁷.

Y de nuevo, la ausencia de libertad de imprenta, más dolorosa aún si cabe en tiempos de un gobierno que se proclama progresista, planea sobre “uno de los pocos quejidos que la censura tiránica que nos abruma ha dejado escapar a la opinión pública, ya en gran parte desengañada del ministerio *Programista*”⁴⁸. Ese mismo mes, ante la falta de apoyo parlamentario e instado por M.^a Cristina, cae el gobierno y el moderado Istúriz asciende al poder. Es el momento de descender a la arena política. Intenciones ya había manifestado Larra:

«La revolución ha gastado y desgasta rápidamente los nombres viejos y conocidos: la juventud está llamada a manifestarse. ¿Nos equivocaremos, se equivocará el país al fundar esperanzas en ella? No, la juventud ha comprendido que no es en los cafés donde se forman los hombres que pueden renovar el país, es en el estudio (...). No ambicionemos miserables empleos, no intriguemos por mezquinas miras personales, trabajemos día y noche, hagámonos los jóvenes independientes, y superiores a nuestros opresores, y si nos está reservado caer en la lucha, caigamos con valor y resignación, desempeñando la alta misión a que somos llamados»⁴⁹.

⁴⁷ «Publicaciones nuevas. “El Ministerio Mendizábal”. Folleto, por Don José Espronceda” (6 mayo 1836), en *Obras...*, vol. II, p. 215. M.^a C. Mina señala: “por lo menos por lo que respecta a Navarra (...) el liberalismo nada positivo ofrecía de momento al campesinado (...) la revolución liberal no era su revolución”, en M.^a C. Mina: *Fueros y revolución liberal en Navarra*, Alianza, Madrid, 1981, pp. 115-117.

⁴⁸ «Publicaciones nuevas. “El Ministerio Mendizábal”... op. cit., en *Obras...*, vol. II, p. 214. Subrayado en el original.

⁴⁹ *Ídem*, p. 216.

Bajo estas palabras subyace una alta concepción de su propio papel histórico. Larra cree llegado el momento de que él y su generación tomen el protagonismo para dar nuevos bríos a una obra incompleta. No es cuestión de ambición personal, porque “aquí no tratamos de hacer la felicidad de nosotros, míseros humanos que podemos vivir treinta años más o menos, sino la de la nación que no muere nunca”⁵⁰. Se trata pues de impulsar una gran tarea colectiva de regeneración.

Larra se presenta como candidato a las elecciones de agosto del 36, consiguiendo acta de diputado por Ávila. Nunca llegaría a ejercer tal responsabilidad. El 12 de ese mismo mes, los sargentos de la guarnición de La Granja, con la aquiescencia de Mendizábal, se amotinan contra el gobierno. De resultas, Istúriz será derrocado, los resultados de las elecciones quedan anulados y Calatrava es nombrado presidente. La Constitución del año 12 quedaba reinstaurada. Un gran paso atrás, según Larra, puesto que “era gran cosa en verdad, pero para el año 12; en el día da la maldita casualidad de que somos más liberales que entonces”⁵¹.

Un definitivo desengaño amoroso con Dolores Armijo viene a cerrar el círculo de su desgracia. Sus profundas decepciones se convertirán en irreversible aflicción cuando, como corolario de su caída en el abismo, llegue a la conclusión de vivir “en el siglo de la ilustración, es decir, de la hipocresía y la mentira, en el siglo de las caretas políticas y de las sonajas al uso de los pueblos”⁵². Los principios ya no servirían más que como excusa para seducir al pueblo mientras una nueva recua de interesados releva a la vieja aristocracia en el poder.

Sus últimos artículos son un estremecedor testimonio de desesperación. En ellos no oculta la posibilidad del suicidio. Así, Larra, un hombre que confiaba plenamente en la palabra como poderoso instrumento de transformación de la realidad, entrará en un laberinto personal sin salida; paralelo a ese en que se halla atrapada “esta mezquina revolución, destinada, según parece, a no dar jamás un paso franco y desembarazado”⁵³. “Inventas

⁵⁰ *Ídem*, p. 214.

⁵¹ “Dios nos asista. Tercera carta de Fígaro a su correspondiente en París” (3 abril 1836), en *Obras...*, vol. II, p. 197.

⁵² “El pilluelo de París. Comedia nueva en dos actos” (19 noviembre 1836), en *Obras...*, vol. II, p. 285.

⁵³ “Publicaciones nuevas. “El Ministerio Mendizábal”, op. cit., en *Obras...*, vol. II, p. 215.

palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemias y maldices⁵⁴.

Al describir el epitafio que culmina "El día de difuntos", unas palabras cargadas de dramatismo anunciarán el triste desenlace: "Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos. ¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! ¡Aquí yace la esperanza!! ¡silencio, silencio!!!"⁵⁵.

En enero del 37 muere en batalla contra los carlistas, durante el sitio de Bilbao, su buen amigo el Conde de Campo-Alange. Larra le dedica unas significativas palabras en el que sería uno de sus últimos artículos publicados en vida: "Campo-Alange llevó al extremo su generosidad, y creyó que no era su misión defender el Estatuto o la Constitución; en una u otra forma de gobierno la libertad seguía siendo nuestra causa; Campo-Alange, demasiado noble para ser de partido, se vio español, y nada más (...). Ha muerto el joven noble y generoso, y ha muerto creyendo; la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa! En la vida le esperaba el desengaño; ¡la fortuna le ha ofrecido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía..."⁵⁶. La tarde del 13 de febrero de 1837, a los 27 años de edad, Larra decidía quitarse la vida descerrajándose un tiro en la cabeza en su casa de Madrid.

5. Las zozobras de un literato fronterizo.

En primer lugar, no es Larra un hombre de partido en el sentido actual del término. Con él no sirven las etiquetas al uso: "se engañarán quienes tengan a Larra por revolucionario, del mismo modo que se engañarán

⁵⁴ "La nochebuena de 1836. Yo y mi criado. Delirio filosófico" (26 diciembre 1836), en *Obras...*, vol. II, p. 317.

⁵⁵ "El día de difuntos de 1836. Fígaro en el cementerio" (2 noviembre 1836), en *Obras...*, vol. II, p. 282. Subrayado en el original.

⁵⁶ "Necrología. Exequias del Conde de Campo-Alange. Domingo 15 de enero" (16 enero 1837), en *Obras...*, vol. II, p. 294.

quienes lo tengan por reaccionario"⁵⁷, afirma Azorín. Hay que distinguir las ansias de poder y la lucha partidista, electoral e institucional, de la defensa persistente de unos principios liberales y del mantenimiento de una independencia de criterio insobornable. Y en segundo lugar, junto a la política, íntimamente unido a ella, es la literatura el principal objeto de interés de Larra, nada menos que "la expresión, el termómetro verdadero del estado de la civilización de un pueblo"⁵⁸. La literatura entendida de una forma no tan amplia como transformadora, porque la obra de arte individual vale lo que el peso de su influencia en la gran obra colectiva del progreso de los pueblos:

«La palabra, hablada o escrita, no es más que la representación de las ideas (...). Libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época (...). No queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias, que concede todo a la expresión y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia y faro, por tanto, del porvenir; estudiosa, analizadora, filosófica, profunda...»⁵⁹.

Al escritor, investido de una alta misión redentora en la circunstancia que le ha tocado vivir, le queda la palabra como herramienta para el cambio social. José Zorrilla expresaría magistralmente esta idea, en verso, ante la tumba de Fígaro: "Que el poeta en su misión/ sobre la tierra que habita,/ es una planta maldita/ con frutos de bendición"⁶⁰.

Gusta Larra de explicar elocuentemente ese cambio mediante la metáfora del camino, de la mudanza, del paso al frente, de la travesía de un río turbulento hacia una nueva orilla, fértil y generosa: "España va a dar un gran paso, un pie todavía en el pasado, otro en el porvenir; está en el momento crítico de la transición..."⁶¹:

⁵⁷ J. Martínez Ruiz (Azorín): "Comento a Larra", en *Artículos de costumbres*, Espasa-Calpe, Madrid, 1942, pp. 9-13.

⁵⁸ "Literatura. Rápida ojeada sobre la historia e índole de la nuestra. Su estado actual. Su porvenir. Profesión de fe" (18 enero 1836), en *Obras...*, vol. II, p. 130.

⁵⁹ *Ídem*, p. 133 y 134.

⁶⁰ "A la memoria desgraciada del joven literato D. Mariano José de Larra", en N. Alonso Cortés (ed. lit.): *José Zorrilla. Obras completas*, Santarén, Valladolid, 1943, vol. I, pp. 25 y 26.

⁶¹ "Conventos españoles", *op. cit.*, en *Obras...*, vol. II, p. 117.

«Mucho me temo que nos hallemos en una de aquellas transiciones en que suele mudar un gran pueblo de ideas, de usos y de costumbres (...). Paréceme, por otra parte, que esta gran revolución de ideas y esta marcha progresiva se hace sólo por secciones (...). Queda, sin embargo, algún descarte que hacer? A esta pregunta pueden responder las gavillas que perturban todavía nuestra tranquilidad, en representación del tiempo antiguo. Cerca está el día, sin embargo, en que volveremos atrás la vista y no veremos a nadie; en que nos asombraremos de vernos todos de la otra parte del río que estamos en la actualidad pasando»⁶².

Como si de una ley de desarrollo histórico se tratase, cree Larra que el siglo marcha en un sentido ineludiblemente progresivo hacia el liberalismo. Pero el salto definitivo no termina de verificarce. El “escritor público” al servicio de una causa, puesto a sí mismo como observador y crítico del proceso, levanta la voz para denunciar no sólo al enemigo frontal, sino también a las rémoras de filas adentro; todo aquello que embarga, detiene o suspende el avance: la aristocratización (entendida como su reducción a maniobras reservadas para minorías selectas), el sufragio restringido, el miedo a la anarquía, la codicia personal, las reticencias para involucrar al pueblo, la persistencia de la superstición y la ignorancia...

Precisamente, el lamento por “este inculto país, cuya rusticidad pasa por proverbio de boca en boca, de región en región”⁶³, es otra de las constantes en su obra. Consciente del peso de ese lastre, ya desde aquellas primeras páginas de *El Pobrecito Hablador*, hundiendo sus raíces en el pensamiento ilustrado dieciochesco, mostraría su convencimiento de que para implicar activamente al pueblo hay unas condiciones previas y necesarias: “empiécese por el principio: educación, instrucción. Sobre estas grandes y sólidas bases se ha de levantar el edificio”⁶⁴.

Entendida así, frente a la exclusiva preocupación por lo material, Ilustración sería cimiento ideológico y anhelo de progreso, nunca un interés oportunista de donde parte “el no estudiar, del no estudiar nace el no saber, y

⁶² “La educación de entonces” (5 enero 1834), en *Obras...*, vol. I, p. 331.

⁶³ “Carta a Andrés escrita desde las Batuecas por “El Pobrecito Hablador” (artículo enteramente nuestro)” (11 septiembre 1832), en *Obras...*, vol. I, p. 80.

⁶⁴ “Costumbres. El casarse pronto y mal...”, *op. cit.*, en *Obras...*, vol. I, p. 113.

del no saber es secuela indispensable ese hastío y ese tedio que a los libros tenemos, que tanto redunda en honra y provecho, y sobre todo en descanso de la patria”⁶⁵. Y aún más. Apoyándose en la herencia ilustrada, pero dando otro paso al frente, existe un liberalismo convencido y cargado de contenido. Sus mitos: la libertad y la igualdad ante la ley. Sus herramientas para ir avanzando: la tolerancia y la cultura, para lograr convertir al súbdito en ciudadano maduro y libre. Porque “nuestro bienestar y nuestra representación política no ha de depender de ningún talismán celeste, sino que ha de nacer, si nace algún día, de tejas abajo, y de nosotros mismos”⁶⁶. En definitiva, una vez lograda la igualdad de oportunidades, que la división entre los hombres se fundamente en la aristocracia del talento, nunca en el ascendiente genealógico o en la capacidad económica, puesto que “todo abuso fundado en la supremacía del dinero o de la clase es un contrasentido, y las instituciones políticas más perfectas serán aquellas que garanticen a pobres y a ricos igualmente el ejercicio de sus respectivos derechos; en este sentido nunca tendrá un pueblo bastante libertad”⁶⁷. Aunque siempre observara al pueblo con las desconfianzas propias de su universo mental burgués y refinado, queda resumida en estas últimas frases su concepción intuitiva, incipientemente democrática, del paradigma de la modernidad.

Pero la reproducción de las viejas lacras, también ahora entre los liberales, terminará haciéndole creer en su inevitabilidad. Hay un oportunismo que, valiéndose de bienintencionadas máximas, medra a costa del común; así como hay una crítica del vacío materialismo de su tiempo presente en Larra: “poco antes de llegar a la tierra de la promisión, [el hombre] adora el becerro de oro, figura simbólica del siglo XIX, que había de adorar el oro, aunque fuese en un becerro”⁶⁸.

Al tiempo que, sin corporativismos, extiende los juicios negativos hasta los “suyos”, su estado de ánimo desfallece por el triste descubrimiento: “te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado”⁶⁹. Pese a la fama y al reconocimiento que alcanzara en vida, esa posición de independencia que trata de sostener contra viento y marea terminará abocándole a la soledad. De esta idea, hay una frase

⁶⁵ “Carta a Andrés...”, *op. cit.*, en *Obras...*, vol. I, p. 83.

⁶⁶ “Conclusión”, *op. cit.*, en *Obras...*, vol. I, p. 148.

⁶⁷ “El pilluelo de París...”, *op. cit.*, en *Obras...*, vol. II, p. 284.

⁶⁸ “La calamidad europea”, *op. cit.*, en *Obras...*, vol. II, p. 44.

⁶⁹ “La nochebuena de 1836...”, *op. cit.*, en *Obras...*, vol. II, p. 316.

sumamente ilustrativa. Como apuntara Azorín, todo el dolor del último Larra está condensado en ella: “Escribir como escribimos en Madrid es tomar una apuntación, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla, como en una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno siquiera para los suyos. ¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí?”⁷⁰.

Tanto moderados como progresistas pretenden convertirle en su apéndice. Al final, tanto unos como otros recelan de su pluma afilada e independiente. Porque si la libertad ha de extenderse a los cuerpos sociales, ¿cómo no empezar por aplicar esa máxima a uno mismo? ¿Cómo no señalar lo negativo para tratar de corregirlo? “Los aduladores de los pueblos han sido siempre sus más perjudiciales enemigos; ellos les han puesto una espesa venda en los ojos y para usufructuar su flaqueza les han dicho: *lo sois todo*. (...) ¿Quién es mejor español? ¿El hipócrita que grita: “todo los sois (...), o el que sinceramente dice a sus compatriotas: “Aún os queda que andar, la meta está lejos, caminad deprisa, si queréis ser los primeros”? Aquél les impide marchar hacia el bien, persuadiéndoles de que le tienen; el segundo mueve el único resorte capaz de hacerlos llegar a él tarde o temprano”⁷¹.

He ahí la “verdadera profesión de fe de nuestro patriotismo bien entendido”, una concepción sinceramente reformista que no queda en la simple afectación de lisonjas autocomplacientes. Una vez conocida la posibilidad de la mejora, no puede permanecerse impasible. Es preciso avanzar para construir el modelo español, pero no mediante mimesis del vecino ejemplo francés –con toda la commoción que ello implica, porque “debemos tomar del extranjero lo bueno, y no lo malo”⁷²–, sino de una forma ordenada y metódica, sin excesos ni derramamientos de sangre absurdos.

Y así como patriota no es sinónimo de patrioterio, tampoco debemos confundir sensibilidad con sensiblería cuando de su estilo literario hablamos. De ser el intérprete de la realidad (el observador, el recopilador de escenas), Larra se convierte en el artista gracias a la originalidad de la creación, gracias a la persecución de la perfección estética, gracias, en fin, a la preocupación por la belleza, por la profundidad e inteligibilidad del mensaje.

⁷⁰ “Horas de invierno” (25 diciembre 1836), en *Obras...*, vol. II, pp. 290 y 291.

⁷¹ “Conclusión” *op. cit.*, en *Obras...*, vol. I, p. 148. Subrayado en el original.

⁷² “Costumbres. El casarse pronto y mal...”, *op. cit.*, en *Obras...*, vol. I, p. 112

Ortega escribe que “es, en verdad, sorprendente y misteriosa la compacta solidaridad consigo misma que cada época histórica mantiene en todas sus manifestaciones. Una inspiración idéntica, un mismo estilo biológico pulsa en las artes más diversas”⁷³. Atendamos a esta idea. Tanto Goya como Larra, (recuérdese, dos liberales contemporáneos), crean escenas de un agitado dramatismo y de una intranquila sensibilidad. Y del cuadro costumbrista de Larra al lienzo de Goya, lo agudo, lo reflexivo, no excluye lo trágico, lo vital. Ambos alcanzan la belleza creadora mediante una poderosa fuerza expresiva fruto de la rebelión de los sentidos, fuera de los someros márgenes del academicismo. Un academicismo congelado en la reproducción de valores tradicionales idealizados: el prestigio social, el honor, la piedad, la devoción religiosa, la familia y el hogar. Un academicismo abúlico, detenido en lo anecdótico y pintoresco, en un ingenuo bucolismo, en un edulcorado casticismo, en una retórica gestual desabrida.

Frente a ese convencionalismo abanderado de la virtud (familiar, religiosa, patriótica), y que hace abstracción de las miserias contemporáneas, los temas sombríos y pesimistas de los “Caprichos”, los “Desastres de la Guerra” o las “Pinturas Negras” de Goya representan una violenta premonición guerracivilista. Son obras tan hijas del sentimiento como del entendimiento, donde el sarcasmo es, a un tiempo, crítica amarga. Este lenguaje plástico, creado más por intuición del espíritu que por imitación de esquemas previos, nos recuerda a Larra.

* * *

Larra, además de ser pionero del periodismo profesional en un tiempo sumamente convulso (cuando la prensa daba sus difíciles primeros pasos), ha pasado a la historia como uno de los introductores del romanticismo liberal en España. En su faceta como creador, Larra es testigo privilegiado de su tiempo gracias a una obra fruto íntimo del contacto con su circunstancia; es escritor comprometido con una causa sometida a mil vaivenes; y es una figura descollante en la estirpe de nuestros mejores satíricos (los antagonismos operan como estímulos de la creación sarcástica), el literato que más hondamente analizó y padeció los problemas del país desde el Siglo de Oro hasta la Generación del 98, parte de la cual reivindicaría su herencia como referente.

⁷³ J. Ortega y Gasset: *La deshumanización del arte*, Biblioteca nueva, Madrid, 2005, p. 160. (Reedición).

En la vida le condujo la libertad como principio; el orden, la tolerancia y la educación como bases; y el progreso material y espiritual como objetivo. En la defensa continua de estas convicciones, al margen de su inclinación coyuntural por una u otra opción política, reside su coherencia última. Haciéndonos eco directo de su autorrepresentación como ciudadano, Larra no se consideraba un hombre de partido, sino un liberal en el sentido radical del término. Al tratar de encasillarle es cuando surgen muchas de sus aparentes contradicciones; cuando, sin atender a sus propias preocupaciones, se le encaja en esquemas interpretativos útiles para la síntesis pero insuficientes para evaluar al incómodo heterodoxo. De ahí también que, ya en su tiempo, resultase molesto e incomprendido.

En un país en crisis, el carlismo no es la caricatura rancia que representa el tiempo antiguo y la sinrazón, así como tampoco el liberalismo es la receta taumatúrgica y positiva para solucionar todos los males. La confianza y la fe inicial para tratar de eliminar un viejo modelo, erigiendo con la razón y con la humanidad otro templo revestido de infalibilidad, choca contra el definitivo desengaño de un creador consciente de las deficiencias inmanentes al nuevo credo. Por ello, ha sido preciso matizar una persistente imagen del carlismo como simple resistencia reaccionaria del pasado frente al futuro, analizándolo como un mundo complejo que da respuestas alternativas a necesidades que el liberalismo, al menos de momento, no cubre.

Toda idea de progreso encierra en si misma, en potencia, semillas tanto positivas como negativas; de tal modo que también el cambio ha tenido sus marginados, sus desplazados a las cunetas de la utopía. Atrapados en un ingenuo optimismo, muchas veces los liberales se demostraron incapaces de comprender y corregir las imperfecciones consustanciales a ese proceso. Consecuencias que un último y desilusionado Larra disecciónaría, y que un Goya atormentado por las pesadillas resumiría en aquella frase escrita sobre uno de sus "Caprichos": "El sueño de la razón produce monstruos".

Goya y Larra son dos profetas, dos visionarios de la modernidad, dos hombres de su siglo. Claro que su siglo no está resumido sólo en ellos. De la complejidad de las variables, de la discordia y de la incapacidad para llegar a acuerdos, da fe la larga serie de enfrentamientos civiles que ha jalónado de tragedia nuestra historia contemporánea. Toda guerra es sinónimo de un fracaso colectivo. De ese fracaso, y de la magnitud de la ruptura, daría fe Larra, ¡en 1836!, en uno de los doloridos epitafios de su "Día de difuntos": "Aquí yace media España, murió de la otra media".

RESEÑAS

Paula Byrne: *Perdita. The Life of Mary Robinson*, London, Harper Perennial, 2005, XVII+477 págs.

Este libro es la biografía de un personaje singular, Mary Robinson (1757-1800), conocida por el apelativo de *Perdita*. Hija de Nicholas Darby, importante mercader de Bristol, miembro de la Society of Merchant Venturers, compañía interesada en el comercio exterior, desde Rusia hasta América. En un determinado momento, el padre se marchó a Terranova, y allí acabó estableciendo otra familia. Aunque a Paula Byrne lo que le interesa es la biografía de Mary, sabe darnos rápidas pinceladas, seguras y evocadoras, de los ambientes en los que se movieron los diversos personajes de su obra. No es uno de sus menores méritos. Personajes famosos algunos, como iremos viendo, otros casi anónimos, como aquél deliciosamente caracterizado como el primer inglés que usó un paraguas por la calle.

En los años de educación de Mary no faltó la influencia decisiva de alguna profesora, como Meribah Lorrington, la cual, se dice, había recibido de su padre maestro de escuela una educación masculina, más completa de lo habitual para las mujeres, que se preocupó de transmitir a su discípula. Cuando ésta a sus 14 años se trasladó a Londres, dispuesta a abrirse camino en la vida, lo primero que pensó fue en una carrera teatral, a pesar de las reservas de su madre y de otros, que no pensaban que fuese un oficio respetable. A través del Dr. Samuel Johnson pudieron entrar, madre e hija, en contacto con David Garrick, famoso actor. Mary ya era entonces una belleza, y lo seguirá siendo en adelante. Garrick comprendió en seguida el inmenso partido que podía sacarse de aquella criatura: comenzó a prepararla para que asumiese el papel de Cordelia en el shakespiriano *King Lear*, su predilecto, aunque con el texto ligeramente modificado. Mary produjo una gran admiración, fue la comidilla de todas las conversaciones. Todo cambia de repente en 1773: cuando Mary tenía 15 años y medio, se casa con un admirador, Thomas Robinson, quien le dio el apellido y la sacó del teatro, pero que resultó un hombre completamente falso. Mary a su lado conoció dificultades económicas, incluso la prisión por deudas. Antes de esto Mary dio a luz una niña, y se vio rodeada de adoradores. A ella le gustaba la vida rica, elegante y refinada. Lógicamente, con la lógica del tiempo, comenzó a tener amantes. A través de Richard Brinsley Sheridan, a quien los Robinson